



José Ángel Valente

Poesía completa

Edición de Andrés Sánchez Robayna

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

JOSÉ ÁNGEL VALENTE

Poesía completa

Edición e introducción
de Andrés Sánchez Robayna

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Introducción

Sobre la presente edición

«Parece horrendo suscribir todo lo escrito [...]», confesaba Valente en 1972 al editor que le proponía por vez primera recoger en un solo volumen toda su poesía publicada hasta entonces (invitación que daría lugar a *Punto cero*, la primera recopilación de sus poemas, editada, como antes se dijo, en Barcelona en ese mismo año). Si eso pensaba el autor acerca de su obra «canónica», no cuesta mucho imaginar cuál sería su actitud en relación con los materiales que podrían o deberían integrar sus *Obras completas*. La opinión transcrita deja muy explícito, no sin ironía, el rechazo de una obra asumida en su integridad sin sentido autocrítico alguno, y el acriticismo no era precisamente el caso de Valente: incluso en *Punto cero* suprimió algunos poemas e introdujo pequeñas correcciones. Nos preguntamos qué habría él dejado en pie aquí en su escrupuloso escrutinio. Pero el punto de vista del autor, sobra decirlo, no es el único punto de vista posible acerca de los contenidos de una edición como la presente.

Suscita siempre esta modalidad editorial un cúmulo de problemas difíciles de resolver y de interrogantes especialmente complejos a los que de un modo u otro, sin embargo, se ha de responder. En lo que sigue explicaremos los criterios fundamentales por los que nos hemos guiado y los planteamientos que nos han llevado a adoptar determinadas decisiones respecto a los materiales aquí incluidos.

La estructura de estas *Obras completas* es muy sencilla. Atendiendo a las dos vertientes que conforman la producción de Valente —la obra de creación y la obra crítica—, el conjunto ha sido estructurado en dos partes, que corresponden exactamente a las dos vertientes aludidas. Cada una de esas partes está formada, en primer lugar, por los libros publicados en vida por el propio Valente o preparados por él antes de su muerte, es decir, por la obra canónica o, lo que es lo mismo,

la validada por el autor en las diferentes ediciones, reediciones y reimpressiones. Ese material básico, que constituye el núcleo fundamental de estas *Obras completas*, viene acompañado, en cada una de las partes a que nos hemos referido, por sendos apéndices.

La primera parte está integrada por la poesía, las traducciones poéticas, la prosa narrativa (remitimos al lector a lo dicho en la «Introducción» sobre este apartado de la obra de Valente) y la prosa dramática (con un solo título: la breve pieza, «La guitarra», que se encontrará en el «Apéndice»). La segunda parte viene constituida por todos los artículos, notas y ensayos críticos del autor.

En la estructura de estas *Obras completas*, la sección más compleja es la de los apéndices aludidos, uno para cada una de las dos partes. Están esos apéndices conformados tanto por los textos editados de manera dispersa (lo mismo en publicaciones periódicas que en volúmenes colectivos) como por algunos textos inéditos. Unos y otros se disponen en orden estrictamente cronológico, tal y como el autor decidió hacerlo en los libros ordenados en los últimos meses de su vida (*Fragmentos de un libro futuro*, *Elogio del calígrafo* y *La experiencia abisal*), y tal y como resulta más aconsejable en la ordenación de materiales dispersos –un criterio casi siempre preferible al temático. Cuando se trata de textos inéditos no fechados, se les ha buscado su lugar dentro de la serie partiendo de diferentes datos que contribuyen a su inserción en ella.

En el caso de la obra de creación, el apéndice ha debido seguir, sin embargo, un segundo criterio. Respetando en todo momento la disposición cronológica de los materiales, ha sido necesario, además, respetar asimismo la secuencia que siguen los libros canónicos. La ordenación debía, en efecto, hacerse eco del hecho de que un libro de Valente, *Breve son*, publicado en 1968, recoge poemas escritos entre 1953 y la fecha de su edición, de manera que el apéndice no podía sino reproducir con exactitud la disposición establecida por el mismo autor. Es la razón por la que, excepcionalmente –tal y como se produce en la obra editada por el poeta–, poemas diversos escritos antes de *Poemas a Lázaro*, es decir, antes de 1955-1960,

aparecen en el apéndice *después* de los agrupados en «Del ciclo de *Poemas a Lázaro*» escritos antes de la primera de aquellas fechas. Son muy pocos, de todas formas, los textos afectados por ese hecho, pues, en el apéndice, el apartado «Del ciclo de *Poemas a Lázaro*» precede al titulado «Del ciclo de *Breve son*», y la mayor parte de los poemas de uno y otro fueron escritos en el citado período 1955-1960.

Para mayor comodidad del lector, los poemas del «Apéndice» de la primera parte han sido agrupados en siete secciones. En la sección inicial, «Primeros poemas (1946-1950)», se recoge la «protohistoria» de esta obra, formada por nueve textos escritos entre los dieciséis y los veintiún años del autor. Hemos excluido los textos anteriores a 1946 (remitimos aquí a nuestra «Introducción») por tratarse de puros ejercicios escolares. La segunda sección es el libro inédito *Nada está escrito*, que se reproduce en su integridad según una copia conservada en el archivo del poeta; como se detalla en el lugar oportuno, respetamos aquí, para no romper la estructura del conjunto, cuatro poemas de ese libro que pasaron a otras colecciones del autor. En la tercera sección, «Del ciclo de *Poemas a Lázaro*», se agrupan cinco poemas inéditos más tres poemas que el autor excluyó de ese libro en todas sus reediciones dentro de *Punto cero*. «Del ciclo de *Breve son*», la cuarta sección, recoge diecisiete poemas, todos ellos inéditos a excepción de dos. La sección más nutrida, la quinta, es la de más amplia cobertura temporal, pues va de 1960 hasta 1997; tres poemas de esta sección son, que sepamos, enteramente inéditos. En la sexta sección se incluyen un cuento de 1953 y ocho fragmentos de *Palais de Justice*, uno y otros publicados en vida del autor. La séptima y última sección, bajo el título de «Prosa dramática», reproduce el texto de la pieza «La guitarra».

En el apartado final, «Notas», se ofrece puntual información bibliográfica de cada uno de los textos del apéndice, o de su procedencia en el caso de los inéditos. Se aportan asimismo otros datos que consideramos de interés para el lector, pero el criterio ha sido aquí el de la mayor brevedad. No es ésta una edición crítica y, por tanto, no es éste el lugar para aclarar referencias oscuras, identificar citas o cotejar variantes. Úni-

camente se han registrado variantes –y no en todos los casos, sino sólo en los que consideramos imprescindibles– cuando en los textos publicados hay diferencias entre la copia conservada en el archivo del poeta y el texto impreso; se ha preferido el primero, claro está, pero se consigna la variación cuando se trata de algún dato que estimamos relevante.

Todos los textos que constan aquí como inéditos proceden del archivo del autor, custodiado, con su biblioteca –ya se dijo–, en la Cátedra José Ángel Valente de la Universidad de Santiago de Compostela. El aspecto sin duda más difícil de todos los relacionados con estas *Obras completas* es el de las decisiones acerca de los inéditos. Los hay de varios tipos en el archivo del autor: los textos concluidos y autógrafos; los textos concluidos y ya mecanografiados; los textos autógrafos inconclusos o en borrador y, en fin, los textos mecanografiados con correcciones autógrafas (es decir, tratados aún como «borrador»). No hemos tenido demasiadas dudas en cuanto a los textos ya pasados a máquina (con correcciones o sin ellas), pues ese estado, hasta donde sabemos, indicaba casi siempre en Valente cierto grado de aceptación. Más dudas planteaban los autógrafos, aun en los casos en que parecen textos terminados. El criterio principal seguido aquí, en todas y cada una de las variables mencionadas, ha sido el de publicar sólo los textos que, en opinión de quien esto escribe, enriquecen nuestro conocimiento de la obra del autor desde el ángulo exclusivamente literario. Quiere ello decir que hemos excluido no pocos textos inéditos que, a nuestro juicio, no aportaban nada nuevo a esa obra, aun a pesar –en más de un caso– de poseer indudable dignidad literaria. Nos hemos situado en este punto, inevitablemente, del lado del autor, y hemos querido interpretar que sólo razones estéticas podrían justificar para él el paso de lo inédito a lo impreso. La *dignidad* no era para Valente, en este sentido, razón suficiente; hemos pensado que, en tales casos, si conservó esos textos entre sus papeles fue por razones sentimentales o documentales. Los otros, los que se imprimen ahora por vez primera, en cambio, habrían quedado inéditos por razones puramente circunstanciales, porque esos textos constituyen, a nuestra manera de ver –unos más

que otros, claro está—, escritos valiosos. Seríamos los primeros en lamentar, a este respecto, cualquier equivocación o desacierto, pero no alcanzamos a ver (salvo la publicación indiscriminada, que se descarta de antemano) otra actitud posible ante los textos inéditos.

Caso distinto es el de los textos dispersos ya publicados, en sus diversas modalidades (periódicos, revistas, catálogos, volúmenes colectivos, etcétera). Hay que decir que los criterios, en este punto, debían ser forzosamente diferentes a los seguidos en cuanto a los textos inéditos. Y es que, salvo en los casos aludidos de los textos escolares publicados en 1944, estábamos obligados a recoger aquí todos los escritos del autor que hubieran conocido las prensas; la excepción es algún que otro texto de circunstancias poco significativo. La razón es sencilla: el solo hecho de su publicación los convierte en documentos; no en documentos con el mismo nivel de significación que los textos publicados por el autor en sus libros, pero documentos al cabo, y el «Apéndice» —vale decir: el lugar donde se agrupan los textos complementarios o de menor importancia— es sin duda su ubicación adecuada. Debemos añadir igualmente que no todos los textos publicados que aquí se recopilan provienen del archivo del autor, que no conservó en su biblioteca numerosas publicaciones periódicas ni, en muchos casos, los recortes correspondientes. Resultará, por ello, este apartado el que pueda presentar más de una laguna, pues no sólo no hemos podido hasta la fecha dar con algunas publicaciones de las que tenemos constancia de algún escrito de Valente (sobre todo en el caso de revistas hispanoamericanas, en las que el poeta colaboraba ya desde la década de 1950), sino que también ha podido escapársenos alguna colaboración de la que no tenemos noticia. Entre las tareas pendientes en relación con esta obra (sería deseable que no tardara en realizarse) se halla una investigación hemerográfica abarcadora también de las publicaciones americanas —una investigación que sería, en más de un sentido, de extraordinaria utilidad.

En cuanto al inédito *Palais de Justice*, no será preciso repetir aquí lo que ya hemos explicado en la «Introducción». En el apartado de traducciones, se ha excluido únicamente la de

El extranjero, de Camus, que por sus características no forma parte del corpus creativo del traductor (determinadas traducciones integran inequívocamente ese corpus, según tiende a entenderse hoy) en la misma medida en que lo forman los poemas.

Hemos dicho que en los apéndices se recogen los textos complementarios y de importancia menor. No hace falta decir, sin embargo, que entre esos textos hay muchos de excepcional interés (tanto poemas como ensayos críticos); el solo ejemplo, ya comentado, del ensayo «Situación de la poesía: conexiones y recuperaciones», de 1970, nos ahorra aquí otras aclaraciones.

Queremos expresar nuestro agradecimiento a Pilar del Oro, directora de la Biblioteca de la Facultad de Filología de la Universidad de Santiago, de la que forma parte la Cátedra Valente, así como a su personal bibliotecario. Durante nuestras investigaciones en el archivo y la biblioteca del autor, hemos contado con el apoyo y la colaboración de dos personas estrechamente vinculadas al poeta como son Darío Villanueva y Claudio Rodríguez Fer, a quienes hacemos constar igualmente nuestro reconocimiento. Rodríguez Fer, por lo demás, coordina la segunda parte (crítica y ensayo) de estas *Obras completas*, y a su amplio conocimiento de la obra de Valente debe quien esto escribe numerosas informaciones y sugerencias que le han resultado de gran utilidad en la dirección del conjunto de las presentes *Obras*. Éstas habrían sido cosa muy distinta y, sin duda, mucho más imperfecta, de no haber podido contar, como han contado, con el asesoramiento editorial de Nicanor Vélez. A todos, nuestra gratitud más sincera.

A. S. R.

POESÍA

La palabra ha de llevar el lenguaje al punto cero, al punto de la indeterminación infinita, de la infinita libertad.
(De un diario anónimo.)

A modo de esperanza

[1953-1954]

I

«Serán ceniza...»

Cruzo un desierto y su secreta
desolación sin nombre.
El corazón
tiene la sequedad de la piedra
y los estallidos nocturnos
de su materia o de su nada.

Hay una luz remota, sin embargo,
y sé que no estoy solo;
aunque después de tanto y tanto no haya
ni un solo pensamiento
capaz contra la muerte,
no estoy solo.

Toco esta mano al fin que comparte mi vida
y en ella me confirmo
y siento cuanto amo,
lo levanto hacia el cielo
y aunque sea ceniza lo proclamo: ceniza.
Aunque sea ceniza cuanto tengo hasta ahora,
cuanto se me ha tendido a modo de esperanza.

Lucila Valente

Estuvo en pie, vivió,
fue risa, lágrimas,
alegría, dolor,
pero amaba la vida.

Caminó entre nosotros.

La mañana era cosa
de sus manos alegres,
zurcidoras, abiertas.

Solía alimentarnos
de pétalos o besos
sin cesar desprendidos.

Dejó su nombre puro
solo frente a la noche:
Lucila o siempre madre.

Ahora yace aquí,
donde la lluvia canta
al pie de un montealegre.

Bajo la tierra el agua
acaricia sus huesos.

Ella amaba la vida.

El espejo

Hoy he visto mi rostro tan ajeno,
tan caído y sin par
en este espejo.

Está duro y tan otro con sus años,
su palidez, sus pómulos agudos,
su nariz afilada entre los dientes,
sus cristales domésticos cansados,
su costumbre sin fe, sólo costumbre.
He tocado sus sienes: aún latía
un ser allí. Latía. ¡Oh vida, vida!

Me he puesto a caminar. También fue niño
este rostro, otra vez, con madre al fondo.
De frágiles juguetes fue tan niño,
en la casa lluviosa y trajinada,
en el parque infantil
—ángeles tontos—
niño municipal con aro y árboles.

Pero ahora me mira —mudo asombro,
glacial asombro en este espejo solo—
y ¿dónde estoy —me digo—
y quién me mira
desde este rostro, máscara de nadie?

Hoy, igual a nunca

Parece que el destino está en suspenso,
que la desgracia pesa

sin llegar a caer; parece
que el amor se ha vestido de pena.
Alguien, próximo a mí,
llora en mi pecho
y me llama por el nombre que escondo.

Tengo miedo a morir.

Parece que he gastado
la vida.
Ni una lágrima
cae
ni una palabra, como
si todo hubiese sido consumado.

El ángel

Me he levantado,
he cubierto mi mesa con su tapete verde
y me he sentado cuidadosamente a deshojar
esta pequeña flor. Todo empezaba así.
Todo menos la muerte,
menos la vida,
el amor o el
odio.
Todo empezaba así,
la pasión de morir,
de vivir,
de amar, de odiar.
Oscuro jugador,
frente a mí el ángel
con su terrible luz,
su espada,
su abrasadora verdad.
Yo tenía solamente una flor.

Al sí y al no
jugaba contra el ángel,
jugaba al sí y al no,
al siempre, al todavía.
Pero tú conocías,
adversario cruel,
todas mis suertes.
Nada te delataba,
separado de mí
por una mesa
con su tapete verde,
una pequeña flor,
toda la muerte.
Fue larga la velada.
Al fin me diste un nombre.
Yo tenía una flor,
tú una espada de fuego. Yo
la sola libertad de querer tu victoria.

Epitafio

«Yace aquí la pobre
Francisca.» No sé cómo
murió, de qué, ni cuándo,
cuando yo era muy niño.
Después sólo quedó el padrenuestro
de después del rosario por
«la pobre Francisca»
cada día.

Francisca
el nombre de la muerte tiene.
No puedo recordarla.
Sirvió en la casa,
conoció a mi abuelo

paterno, tan difunto,
cosió y tuvo objetos
que aún se le atribuyen. (Ella
pertenece a la muerte.)

Debió tener las manos
grandes, abiertas, para ser «la pobre
Francisca» del rosario.

No puedo recordarla.
Aquí, donde descansa,
como consta, escribo
sin saber su epitafio.

Aniversario

Tú no comprenderás
para qué he vuelto.
Tal vez, ahí tendida,
no comprendes
nada de lo que vive.
Yo he vuelto, sin embargo,
para hablarte otra vez.
(Está mojada
y limpia la colina.)
Aún te pienso
con el rostro de siempre
y los cabellos, en su reino
de humo, un poco grises.
No tengo ojos
para más. Tal vez
no eres así y eso es la muerte.

He vuelto para hablarte.
Estoy aquí. Tú no comprendes

nada. Te he olvidado
tanto y he podido
olvidarte tan poco.
Estoy alegre: a veces
no me acuerdo de ti
(¿también esto es la muerte?).
No sé si me comprendes,
ni siquiera
si estás aquí o resbalas
por un aire que nunca
pesó sobre mi boca.

(La colina está quieta
sin embargo, igual bajo su cielo
como entonces.)
Mas óyeme si puedes.
Un día como hoy
cayó la nieve,
arrebataada fue. Yo cumplo,
inútilmente, el rito. Pongo
esta lápida aquí. Pero no importa;
no puedes comprenderme.
Todo ha sido cortado.

El corazón

Ni una voz, ni un sonido
conviviéndose en él.
Si hundo mi mano extraigo
sombra;
si mi pupila,
noche;
si mi palabra,
sed.

Como nada puebla el desierto,
tal esta soledad;
como la caída de una piedra en el sueño,
tal esta soledad.

Como la sombra
está, la noche
está, la sed,
la muerte verdadera
en su reino impasible
reina y aguarda en pie.

Destrucción del solitario

Durante toda la noche,
en una vigilia superior a mis fuerzas
que, de tarde en tarde, un ángel
descendía a avivar
(a veces lo confundía
con el alba, pero
el alba no podía venir)
pensaba: «La adolescencia tiene
un ojo fijo, sometido a la muerte,
un ojo suicida y cruel».
Yo estaba solo,
con mi muerte creada
que naturalmente no podía morir.
Estaba releendo una carta
dirigida a mí mismo,
confrontando lo caedizo de mis manos
con las primeras lluvias,
que creía poder adivinar al trasluz.
Estaba solo,
comiendo un alimento frío y desigual,
notoriamente amargo,

que me retiraba celosamente a digerir.
Entonces comencé a odiar la música,
a hacer ruidos estridentes con las uñas
para no entregarme a lo
excesivamente halagador.
Y aunque nadie lo supo,
conseguí algún triunfo solitario
que ya nunca podré compartir.

Y sin embargo, todo era mentira,
como el tiempo, la muerte
deseada, así querida,
pero sin instrumento mortal.

Durante toda la noche
contemplé un cuerpo ciego.
Un cuerpo,
nieve de implacable verdad.
¿Con qué animarlo,
obligarlo duramente a vivir?
Tenía entre mis manos
una materia oscura,
barro y aire mortal,
una materia resistente a mis manos,
que no podía vencer.
Y busqué en lo más hondo
la palabra,
aquella que da al canto
verdadera virtud.
Estaba solo.
Un cuerpo ante mis ojos:
le di un nombre,
lo llamé hasta mis labios.
No lo pude decir.

Porque nada podía
ser dicho aún.
Mis labios eran

como un lugar ingrato
que se siembra de sal.
Pensé: «Un monte,
un monte azul,
colinas de insondable verdor.
Hay nieve, risa y aves
en la boca de todos,
ciudades de inconfundible claridad.
Si regreso vestido de otros pasos
nadie lo podría prever».
Examiné mi corazón;
tenía un ritmo
solapado y circunstancial.
Allí la muerte,
cuanto amé con un amor
demasiado puro, oh sombra mía
de muerte que no podía morir.
El corazón,
el tiempo, la mentira
de todo, la ceniza
prematura de todo,
como un sutil tejido de lianas
rompía al cabo la verdad.

Así, entre el mar
y el inexplicable tañido de un tambor
en una ciudad desierta,
solo de pronto, solo
de acometida soledad,
vela sobre su pecho,
con una zarpa de hambre solitaria,
el que ha sido emplazado a vivir.

Noche primera

Empuja el corazón,
quíbralo, ciégalo,
hasta que nazca en él
el poderoso vacío
de lo que nunca podrás nombrar.

Sé, al menos,
su inminencia
y quebrantado hueso
de su proximidad.

Que se haga noche. (Piedra,
nocturna piedra sola.)

Alza entonces la súplica:
que la palabra sea sólo verdad.

Consiento

Debo morir. Y sin embargo, nada
muere, porque nada
tiene fe suficiente
para poder morir.

No muere el día,
pasa;
ni una rosa,
se apaga;
resbala el sol,
no muere.

Sólo yo que he tocado
el sol, la rosa, el día,
y he creído,
soy capaz de morir.

Misericordia

Pero a ti, que no estás
ni sé quién eres:
misericordia.

Hasta en el sueño
lucho contra el sueño,
porque no puede revelarte.
(Cuando

regresa el día
están las cosas
en su lugar de siempre
más ocultas.)

Con los ojos abiertos
como un muerto,
ciegos y abiertos,
te señalo.

Dime
quién eres,
desde cuándo
existes,
por qué te niego
y creo.

Creo.
Entre verdad y sueño,
agudo el filo
que separa la vida.
¿De qué lado estás tú?

Descubre el brazo
que me hiera. Ten
misericordia.

La primera edición de este libro en Galaxia Gutenberg
estuvo al cuidado de Nicanor Vélez

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: noviembre 2014

- © Coral Valente, heredera de José Ángel Valente, por los textos
y las traducciones, 2006
© Coral Valente, heredera de José Ángel Valente, y W. Gordon
Chapman, por la traducción del poema de Dylan Thomas, 2006
© Coral Valente, heredera de José Ángel Valente, y Julian Palley,
por la traducción de los poemas de Robert Duncan, 2006
© Coral Valente, heredera de José Ángel Valente, y Elena Vidal,
por la traducción de los poemas de Constandinos Kavafis, 2006
© Andrés Sánchez Robayna, por la introducción, 2006
Para los créditos de los textos originales de *Cuaderno de versiones*,
véase la página siguiente
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2014

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Rodesa
Depósito legal: B 19995-2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-11-4
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-6198-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse
con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta
obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)